

Una defensa aérea extendida

RAFAEL LUIS BARDAJI,

Miembro del Instituto de Estudios Estratégicos del CESEDEN,
del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres y del
Instituto Ortega y Gasset

DESDE sus comienzos, la aviación ha venido experimentando sucesivas mejoras e innovaciones que han hecho de los aparatos de hoy ingenios muy sofisticados y de altas prestaciones. Hoy por hoy, la aviación sigue siendo el sistema que mejor combina rapidez de ataque y concentración de fuego. Sin embargo, también es cierto que a cada revolución en la tecnología se le ha ido oponiendo sin descanso una nueva contramedida que sin negar totalmente las capacidades de los aviones, sí al menos ha vuelto mucho más hostil el medio en el que la aviación debe llevar a cabo sus misiones.

Pero es más, a esta dinámica en espiral de nuevas posibilidades de ataque y mejores sistemas defensivos viene a sumársele ahora una nueva amenaza que apunta hacia una redefinición de los sistemas de defensa antiaéreos. La nueva amenaza reside en los misiles balísticos de corto alcance y de nueva generación que los soviéticos comenzaron a desplegar desde finales de 1983, y la redefinición de los objetivos a cumplir por los sistemas de defensa antiaérea consistiría en incluir dichos misiles tácticos en la panoplia de amenazas a las que las defensas antiaéreas deben hacer frente. En "extender" la cobertura de la defensa antiaérea también contra misiles balísticos tácticos, una nueva fuente de intranquilidad para la OTAN.

Las misiones tradicionales de la defensa antiaérea

Hasta ahora el objetivo fundamental de las defensas antiaéreas residía en proteger las instalaciones y fuerzas terrestres (y navales) de lo que era la principal fuente de amenaza, la aviación enemiga. Para ello, las defensas se han ido dotando de distintos sistemas de armas de

diversa letalidad, dependiendo del tipo particular de blanco al que se haría frente y, sobre todo, de la altura en la que se realizaría la intercepción.

Así, tras la experiencia de la II Guerra Mundial —con el peso de las doctrinas de bombardeo estratégico— la investigación y desarrollo en radares, artillería antiaérea y misiles tierra-aire (SAM) se dirigió a otorgar a estos sistemas mayores capacidades en su alcance, a fin de poder interceptar a cualquier intruso no ya en alturas de vuelo convencionales (alrededor de los 9.000 metros) sino más allá de cualquier nivel práctico de operaciones de un avión militar. En 1958, el Ejército de Tierra americano desplegaba el SAM Nike-Hercules (todavía operativo en territorio europeo de la OTAN) con un radio de acción en vertical de algo más de 45.000 metros.

Esta capacidad de control de las mayores alturas llevó a una nueva situación dado que ni por incremento de la potencia de los motores ni por extensión de las alas, los aviones atacantes ganaban en supervivencia: para sobrevivir en un espacio aéreo hostil y defendido no se daba otra alternativa que volar lo más bajo posible en un intento de atravesar las defensas por debajo de su cota de intercepción mínima.

Sin embargo, esta maniobra de burlar las defensas no resultaría en una ventaja permanente para el enemigo: las defensas centraron su atención en los vuelos a baja cota. Nuevos sistemas de adquisición de la información, nuevos interceptores y diferente disposición de los mismos, incluidos elementos móviles o fácilmente transportables por unidades de infantería han vuelto el espacio inferior a los 500 metros de altitud tan letal como otras alturas de vuelo.

En concreto, sistemas como el

Stinger (que reemplaza al también americano Redeye), el británico Blowpipe, el móvil Chaparral, los Roland o el Rapier, así como otras series de sistemas de baja cota, hoy plenamente operativos, a los que hay que sumar la confianza que todavía se tiene en la artillería de tiro rápido, parecen ser capaces de infligir suficientes daños a cualquier fuerza atacante, incluso de helicópteros.

Ahora bien, este grado de letalidad y efectividad de las defensas de baja cota no han hecho sino situar de nuevo el interés en las misiones de ataque a gran altura, más allá del alcance de dichos sistemas. Se confía en que un piloto utilizando todas las contramedidas antimisiles, todos los elementos de guerra electrónica y los beneficios derivados de la técnica Stealth (invisibilidad), lleve a tener más suerte a la máxima altitud que volando a 150 metros.

Las nuevas amenazas

Sin embargo, es posible que el grueso de la amenaza —sobre todo refiriéndonos al teatro centroeuropeo de la OTAN— no venga ya simplemente de la aviación táctica. De querer explotar las ventajas de un ataque sorpresa es muy posible que la URSS intentara imposibilitar la capacidad de respuesta aliada inutilizando aeropuertos y otras instalaciones fijas rápidamente y de manera menos arriesgada para sus fuerzas, con misiles tácticos de gran precisión y sin carga nuclear. Estos misiles están ya desplegados y siguen haciéndolo a un ritmo de 300 al año.

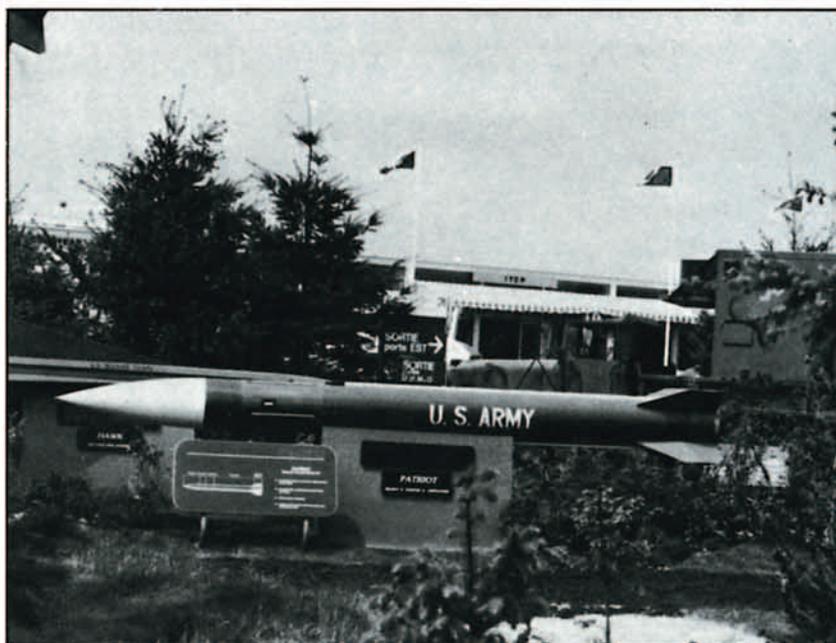
En concreto nos estamos refiriendo a los misiles SS-21, 22 y 23 que desde hace unos pocos años están reemplazando modelos más antiguos. De acuerdo con las estimaciones del Instituto de Estudios

Estratégicos de Londres (IISS) el SS-21, de 120 Km. de alcance, comenzaría a reemplazar al Frog (de 70 Km. de radio de acción) en 1981, estando en la actualidad desplegado en la República Democrática de Alemania; el llamado SS-22 (que no sería sino una versión distinta del SS-12) sustituiría al modelo SS-12 Scaleboard de igual alcance, 900 Km., a partir de 1983, estando instalado en la RDA y en Checoslovaquia como respuesta al despliegue occidental de los euromisiles; por último, el más moderno de estos misiles soviéticos, el SS-23, de 500 Km. de acción, comenzaría a sustituir al Scud, de menos alcance, a partir de 1985.

Ahora bien, que estos misiles tácticos tengan sus antecesores en misiles verdaderamente antiguos, no significa que no hayan incorporado sustanciales mejoras técnicas, es más, en opinión de reputados expertos los SS-21, 22 y 23 otorgan a las fuerzas del Pacto de Varsovia nuevas capacidades militares, particularmente en una estrategia de ataque sorpresa.

En primer lugar, estos misiles de corto alcance tienen un mayor radio de acción, lo que significa que un número superior de instalaciones fijas y gran parte de las unidades móviles aliadas están bajo su radio de acción.

En segundo lugar, su precisión se ha visto manifiestamente mejorada.

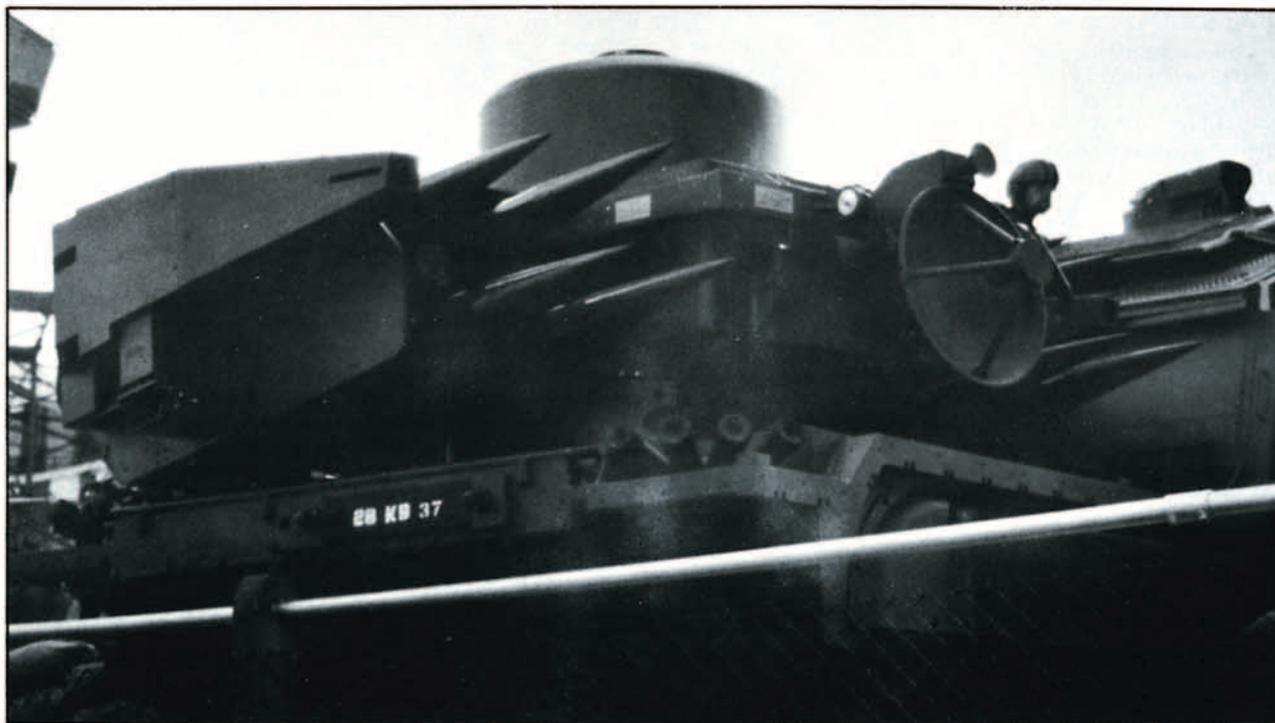


El misil de defensa aérea "PATRIOT" en la exposición de Le Bourget - 85

Según expertos americanos en testimonio ante el Senado, los tres nuevos modelos tendrían un error circular probable de tan sólo 50 metros. El Instituto de Estudios Estratégicos de Londres calcula más cautamente que el CEP puede rondar los 300 metros. En cualquier caso hay que recordar que la gene-

ración precedente contaba con una desviación de más de 1.000 metros, lo que significa, en la estimación más modesta, un 60 por ciento de mejora en la precisión.

En cualquier caso, lo relevante es que con la precisión estimada, estos misiles no necesitan ya obligatoriamente portar cargas nucleares:



Sistemas como el Stinger, Blowpipe, Chaparral, Roland o Raptor (en la foto) parecen ser capaces de infligir suficientes daños a cualquier fuerza atacante, incluso helicópteros.

con la precisión obtenida se puede golpear convencional o químicamente sin perder capacidad destructiva. Máxime, si, como estos sistemas balísticos, incorporan munición convencional mejorada, de gran poder destructor. Además, esta capacidad de fuego convencional mediante sistemas balísticos se ve incrementada al tener en cuenta que estos misiles disponen de un sistema de recarga rápida, lo que facilita su empleo repetido en muy breve tiempo.

Por último, los SS-21, 22 y 23 están montados sobre plataformas desplazables lo que refuerza su capacidad de fuego agregado a la vez que asegura enormemente su supervivencia. Y dificulta su control y verificación en caso de acuerdos de limitación de armamentos.

Por tanto, todo parece apuntar a que con estos sistemas, la URSS y el Pacto de Varsovia se están dotando de una capacidad efectiva de lanzar un ataque rápido, tendente a anular la capacidad de respuestas occidental, sin recurso al arma nuclear.

Formalmente, si hasta ahora se ha evitado un ataque soviético contra Europa occidental se debe a que los aliados se han dotado de unos sistemas de armas y han transmitido su seguridad a los dirigentes soviéticos de que las emplearían llegado el caso, que han convencido al Kremlin de cualquier ataque por limitado que fuera escalaría rápidamente a un conflicto nuclear y seguramente a una guerra atómica total, al suicidio mutuo.

Coherentemente, la doctrina soviética reflejaba dicha imposibilidad de limitar un conflicto y suponía la escalada nuclear casi automáticamente. Sin embargo, desde hace unos años las concepciones doctrinales están bajo revisión, y las nuevas tecnologías están modelando un nuevo pensamiento militar soviético. Sus objetivos más inmediatos: lograr que la Alianza no utilice nunca el arma nuclear ante ninguna agresión y dotarse de sistemas de armas convencionales precisos y sofisticados que sumados al número de sus tropas permitan un hipotética victoria.

Para muchos, en unos momentos en que la disuasión nuclear parece gravemente erosionada, en unos días en los que se está discutiendo la retirada de las fuerzas nucleares de alcance intermedio (INF) en Europa, cualquier sistema de arma convencional, con capacidad de asestar un golpe quirúrgico, limitado, muy por debajo del umbral nuclear, no puede presentar sino una nueva y grave amenaza a la que hacer frente. Los misiles tácticos o de corto alcance soviéticos son tales armas.

Una defensa aérea "extendida"

Como resultado de la experiencia acumulada en las defensas anti-aéreas y por el empuje que la SDI, la Iniciativa de Defensa Estratégica, está dando al tema de las defensas antimisiles, se está extendiendo la idea de que es posible escapar a la amenaza puesta por los misiles tácticos a través de defensas activas. Hasta la fecha dos aproximaciones distintas se han significado relevantemente: la propugnada desde los EE.UU. por grupos y personas trabajando para la SDI, quienes patrocinan una de Iniciativa de Defensa Europea, una especie de "Guerra de las Galaxias" a pequeña escala; y la defendida vivamente por el ministro alemán de Defensa, Manfred Wöerner, quien es abogado de mejorar de tal forma los sistemas de defensa antiaérea instalados en Europa que puedan interceptar también cabezas de misiles balísticos, una suerte de defensa aérea "extendida", de mayor cobertura tanto en radio de acción como de potenciales blancos que cubrir.

El primer sistema se presenta con más ventajas, pero también con muchísimos más problemas de todo tipo. Más ventajas porque constaría de varias capas, una de ella basada en el espacio y capaz de destruir a los temidos SS-20. Pero también más problemas porque requiere de tantos desarrollos tecnológicos como la propia SDI, cosa que está muy lejos de asegurarse. Cuanto más podría pensarse en contar a mediados de los 90 con interceptores de alta velocidad basados en tierra y dispuestos para alcanzar las cabezas enemigas tanto a gran altura como en niveles inferiores de la atmósfera. Los laboratorios de la SDI investigan con tres modelos de interceptores, el ERIS, el HEDI, y el LEDI, pero sin resultados prácticos todavía.

La defensa imaginada por Wöerner tal vez sea menos imaginativa por menos ambiciosa, pero no deja de presentar serios problemas técnicos y financieros. La idea base estriba en mejorar el misil antiaéreo americano Patriot, actualmente desplegado en la RFA.

El SAM Patriot es un misil tan conocido por sus cualidades como por sus importantes retrasos en la puesta en servicio así como por su constante incremento de precio. De seguir su historia habría que remontarse a los primeros 60, cuando el Mando de las defensas aéreas del Ejército de Tierra americano comenzó el estudio de lo que se denominó FABMDS (Field Army Ballistic Missile Defense System). Desde enton-

ces sucesivas modificaciones, requerimientos y especificaciones fueron cambiando el perfil y las capacidades de Patriot. Finalmente a comienzos de los años 80 entró en la fase de producción. En la actualidad, el Mando de la Defensa Estratégica del Ejército de Tierra americano, en Hunstville, mantiene un equipo estudiando sus posibilidades en tanto que sistema antimisiles. Pero, de momento, tampoco hay más que esperanzas.

Es más, en el caso de que se superasen las inmensas dificultades técnicas que representa tanto la mejora de un sistema existente como la creación de uno nuevo, cabe preguntarse la cuestión del precio: ¿Cuántas unidades harían falta para defender significativamente las instalaciones aliadas? ¿Cuántas instalaciones aliadas deberían ser defendidas para lograr disuadir a la URSS de un ataque?.

La opción del control de armamento

Hoy por hoy plantearse la posibilidad de las defensas antimisiles es poco más que un sueño. Sin embargo la amenaza es real, lamentablemente. Hay quien piensa que la única forma de hacer frente a una amenaza consiste en poseer más activos militares, más sistemas de armas. En 1987 se nos abre otra opción: la de lograr un acuerdo veraz para la reducción de armamento en Europa y en el mundo.

Desde Reykjavik las propuestas están ahí. Y por parte americana y soviética parece que se camina hacia el entendimiento. Al menos eso demuestran las ofertas para eliminar los Pershing II, Cruise y SS-20 del suelo europeo.

En ese sentido es necesario obtener un acuerdo para la eliminación también de los misiles de corto alcance, unas armas que por su naturaleza son inequívocamente desestabilizadoras. El despliegue de defensas antimisiles tácticos, de llegar a ser posible algún día, sólo supondría una tranquilidad psicológica marginal, a un elevadísimo coste y con escaso resultado estratégico: basta que la URSS cargue nuclearmente de nuevo sus misiles o lance un ataque químico y cualquier intercepción resultaría en destrucciones tan letales como antes.

La defensa aérea "extendida" es sólo un concepto. Un concepto discutido. Tal vez tan discutido como el control de armamento, sólo que la negociación entre los grandes dispone de una asentada base histórica y de importantes posibilidades presentes. ■